

418. *El juego de la verdad.*—Hay hombres que son verídicos, no porque detesten el fingimiento, sino porque no conseguirían que su disimulo pasase. En una palabra: no tienen confianza en sus talentos de cómicos y prefieren la sinceridad, optan por ser verídicos.

419. *El valor dentro de un partido.*—Las pobres ovejas dicen al pastor: «Ves delante, que no nos faltará valor para seguirte.» Y el pobre pastor dice para sí: «Seguidme y no me faltará valor para guiaros.»

420. *Astucia de las víctimas.*—Hay una triste astucia que consiste en querer engañarnos sobre alguien por quien nos hemos sacrificado, ofreciéndole ocasión de presentárenos tal como deseáramos que fuese.

421. *Al través de los demás.*—Hay hombres que no quieren ser vistos más que proyectando sus rayos al través de otros. Y hay mucha habilidad en esto.

422. *Agradar á los demás.*—¿Por qué el hecho de causar placer es superior á todos los demás placeres? Porque de esta manera deleitamos á la vez á cincuenta instintos que nos pertenecen. Serán acaso satisfacciones pequeñas, pero se juntan todas en una misma mano y llenan más que nada esa mano y el corazón también.

LIBRO QUINTO

423. *En el gran silencio.*—Ved el mar; aquí podemos olvidar la ciudad. Verdad es que las campanas tocan aún el *Avemaría*, ruido fúnebre é insensato, pero dulce en el momento que separa al día de la noche. ¡Esperad un momento! Ya todo calla. El mar se extiende pálido y brillante. No puede hablar. El cielo juega con colores rojos, amarillentos y verdosos, su eterno juego de la caída de la tarde; no puede hablar. Las riberas y los arrecifes que van hacia el mar como buscando el paraje más solitario, tampoco pueden hablar. ¡Qué hermoso y qué cruel al dilatar el alma es ese gran silencio que nos sorprende de repente! Mas ¡ay! qué duplicidad hay en esta belleza muda. ¡Qué bien sabría hablar, y qué mal también si quisiera! Su lengua atada y el deleite doloroso pintado en su semblante, no son más que malicia para burlarse de tu compasión. Pero aunque así sea, no me avergüenzo de ser la irritación de semejantes potencias. Pero te compadezco, naturaleza, porque tienes que callarte; aunque sea tu malicia lo que te ate la lengua, me da lástima tu malicia.

Mas ¡ay! el silencio crece todavía, y mi corazón se oprime y se espanta de una nueva verdad; *tampoco él puede hablar*, se ha puesto de acuerdo con la naturaleza

para mofarse cuando la boca quiere lanzar palabras en medio de esa hermosura, y goza con la dulce malicia del silencio. Se me hace odiosa la palabra y el pensamiento mismo; ¿no oigo reír detrás de cada palabra al error, á la imaginación y á la ilusión? ¿Tendré que burlarme de mi compasión? ¿Habré de burlarme de mi propia burla? ¡Oh mar!, ¡oh tarde! ¡Maestros en malicia! ¡Enseñáis al hombre á dejar de ser hombre! ¡Debe abandonarse el hombre á vosotros! ¿Deberá volverse él como vosotros sois ahora, pálido, brillante, mudo, inmenso, descansado en sí mismo, elevado por encima de sí mismo?

424. *¿A qué la verdad?* — Hasta ahora han sido los errores las potencias más fecundas en consuelos; al presente esperamos los mismos servicios de las verdades reconocidas, mas la espera va haciéndose un poco pesada. ¿Es que las verdades no servirán siquiera para consolar? ¿Saldrá de ahí un argumento contra las verdades? ¿Qué tienen ellas de común con el estado enfermizo de hombres dolientes y degenerados, para que se les pueda exigir que les sean útiles? Nada se prueba contra la verdad de una planta demostrando que no puede servir para la curación de los enfermos. Mas antaño se creía que el hombre era el fin de la naturaleza, hasta el punto de que se admitía sin más averiguación que el conocimiento nada podía revelar que no fuera útil y saludable para el hombre y que no podía existir en el mundo nada que no concurriese á este fin.

Acaso se deducirá de esto que la verdad como entidad total no existe más que para las almas fuertes y desinteresadas á la vez, alegres y tranquilas, como la de Aristóteles, de suerte que tales almas serían las

únicas que la buscasen, pues los demás lo que buscan son remedios útiles, y por mucho orgullo que pongan en alabar su inteligencia y libertad intelectual no buscan la verdad.

Por eso la ciencia deleita tan poco á esos otros hombres que la echan en cara su frialdad, su sequedad y su inhumanidad; tal es el juicio de los enfermos sobre los ejercicios de los que gozan buena salud. Tampoco los dioses de la Grecia sabían consolar, y cuando la humanidad griega cayó por fin enferma, esto fué una razón para que perecieran aquellos dioses.

425. *Dioses desterrados.* — Por efecto de los errores acerca de su origen, de su situación única en el universo y de su destino y por virtud de las exigencias basadas en estos errores, la humanidad se ha elevado á gran altura, y sin cesar se ha sobrepujado á sí misma, pero por estos mismos errores han entrado en el mundo dolores indecibles, persecuciones, sospechas y equivocaciones recíprocas y un número mayor de penalidades para el individuo en sí y sobre sí. Los hombres se han vuelto criaturas dolientes, y lo que han conseguido es, en resumen, la persuasión de que son por naturaleza demasiado buenos y demasiado eminentes para la tierra, en la cual hacen sólo una estancia pasajera. El «orgulloso que padece», es por el momento el tipo superior del hombre.

426. *El daltonismo de los pensadores.* — Los griegos veían la naturaleza de diferente manera que nosotros, pues es forzoso admitir que sus ojos eran ciegos para el azul y el verde, y que en lugar de azul veían un pardo oscuro, y en lugar de verde un amarillo, puesto que expresan con la misma palabra el color de una

melena oscura, el de los ancianos y el de los mares meridionales, y con otra palabra el color de las plantas verdes, el de la piel humana, el de la miel y el de las resinas amarillas, de modo que sus más grandes pintores, como se ha demostrado, no supieron reproducir el mundo que les rodeaba más que con los colores negro, blanco, rojo y amarillo. ¡Cuán diferente debía de parecerles la naturaleza, y cuánto más cercana al hombre, puesto que para sus ojos los colores del hombre predominaban en la naturaleza, y ésta nada-ba en cierto modo en el éter coloreado de la humanidad. (El azul y el verde son los colores que más despojan á la naturaleza de su *humanidad*.)

Gracias á ese defecto se desarrolló la facilidad infantil peculiar á los griegos de considerar los fenómenos de la naturaleza como dioses y semidioses, es decir, de representárselos en forma humana.

Sirva esto de símbolo para otra suposición. Todo pensador pinta su mundo y las cosas que le rodean con menos colores de los que existen y es ciego para ciertos colores. Esto no es exclusivamente un defecto. Por virtud de esta simplificación y de esta combinación pone en las cosas armonías de colores que tienen gran encanto y que pueden representar un enriquecimiento de la naturaleza. Quizá por este camino ha aprendido la humanidad á gozar mirando la vida, por el hecho de que la existencia le fué presentada primeramente con uno ó dos tonos, y, por consiguiente, de una manera más armoniosa; así se acostumbró, en cierto sentido, á esos tonos simples, antes de pasar á matices más variados. Y todavía hoy se esfuerzan algunos individuos en salir de un daltonismo parcial y llegar á una visión más espléndida y á una diferenciación mayor, con lo cual no sólo encuentran nuevos

goces, sino que se ven obligados á abandonar y á perder algunos de los antiguos.

427. *El embellecimiento de la ciencia*. — Así como se formó el gusto *rococo* en la horticultura, nacido de este sentimiento: «¡la naturaleza es fea, salvaje, aburrida; embellezcámosla! (*embellecer la naturaleza!*) de igual manera la creencia de que la ciencia es fea, seca, desesperante, difícil, aburrida» y la conclusión de que debemos embellecerla, determina siempre la aparición de cierta cosa que se denomina filosofía. Quiere ésta lo que quieren todas las artes y todos los poemas: divertir antes que nada. Pero lo quiere siguiendo la norma de un orgullo hereditario, lo quiere hacer de una manera superior, sublime, ante un público de espíritu selecto. Inventar para ella una especie de horticultura cuyo encanto consistiera, como consiste el de la horticultura común, en crear una ilusión óptica (por medio de templetes, «puntos de vista», laberintos y cascadas, hablando en lenguaje figurado), presentar la ciencia en extracto con toda clase de iluminaciones maravillosas y repentinas, mezclando con ella cierta vaguedad, algo de sinrazón y de ensueño, para poder pasearse al través de ella «como en la naturaleza silvestre», pero sin trabajo ni aburrimiento, no es corta pretensión. El que está poseído de ella, sueña hasta con hacer superflua la religión, que para los hombres del pasado era la más elevada forma del arte de entretener á los mortales.

Esta tendencia va avanzando en su camino para llegar un día al punto culminante, pero ya se dejan oír voces de oposición á la filosofía, voces que gritan: «¡Volvamos á la ciencia, á la naturaleza, á lo natural en la ciencia!» Comienza acaso una época que descubre la belleza más poderosa precisamente en las partes

«salvajes y horribles» de la ciencia, como después de Rousseau se ha descubierto el sentido de la belleza de los lugares alpinos y de los desiertos.

428. *Dos clases de moralistas.*—Abarcar por completo desde la primera vez una ley de la naturaleza, es decir, demostrar esa ley (por ejemplo, la de la gravedad de los cuerpos, la de la reflexión ó la de la refracción del sonido), es diferente cosa que *explicarla* y corresponder á inteligencias diferentes. Así se distinguen también los moralistas que ven y anotan las leyes y las costumbres humanas, moralistas de oído, nariz y vista sutiles, de los que explican lo que han observado. Los últimos necesitan ser, ante todo, inventores, y han menester una imaginación emancipada por la sagacidad y el saber.

429. *La nueva pasión.*—¿Por qué tememos y aborrecemos la posibilidad de un retorno á la barbarie? ¿Será porque la barbarie hacía á los hombres más desgraciados que lo son ahora? ¡No! Los bárbaros de todas épocas eran más felices; no nos engañemos. Pero nuestro instinto del conocimiento se ha desarrollado demasiado para que podamos estimar la felicidad sin conocimiento, ó por lo menos la dicha de una ilusión sólida y vigorosa.

Padecemos sólo con figurarnos semejante estado. La fiebre del descubrimiento y de la adivinación ha adquirido para nosotros tal hechizo, que ha llegado á sernos tan indispensable como es para el enamorado el amor no correspondido, que á ningún precio cambiaría por un estado de indiferencia. Quizá somos nosotros también amantes desdichados. El conocimiento se ha transformado para nosotros en una pasión, que

no retrocede ante ningún sacrificio ni tiene otro temor que el de extinguirse á sí misma; creemos sinceramente que la humanidad entera, abandonada bajo el peso de esta pasión, se figura más altiva y más con solada que lo estuvo nunca hasta el presente, cuando aún no había vencido la satisfacción grosera que acompaña á la barbarie. ¡La pasión del conocimiento llegará acaso á hacer perecer á la humanidad! Pero este mismo pensamiento carece de poder sobre nosotros. ¿Se asustó el cristianismo de peligros semejantes? ¿No son hermanas la pasión y la muerte? Sí, odiamos la barbarie; preferimos todos que perezca la humanidad antes de ver retroceder y volver sobre sus pasos al conocimiento. Y, en último término, si la pasión no hace sucumbir á la humanidad, perecerá de flaqueza. ¿Qué es preferible? ¿Queremos que la humanidad acabe entre el fuego y la luz ó en la arena?

430. *También eso es heroico.*—Hacer las cosas peor olientes de que apenas nos atrevemos á hablar, pero que son útiles y necesarias, también es heroico. Los griegos no se avergonzaron de contar, entre los trabajos de Hércules, la limpieza de un establo.

431. *Las opiniones de los adversarios.*—Para medir el grado natural de penetración ó de debilidad de los cerebros, hasta de los más inteligentes, no hay como fijarse en la manera que tienen de concebir y de expresar las opiniones de sus adversarios: en esto se revela la medida natural de la inteligencia. El sabio perfecto eleva sin querer á su adversario en el ideal que de él se forma, y espurga la contradicción de éste de toda mancha y de todo accidente; sólo cuando su

adversario se ha convertido en un dios de relucientes armas, es cuando lucha contra él.

432. *Investigador y tentador.*—No hay método científico fuera del cual no exista saber. Es menester que procedamos con las cosas como ensayando; que unas veces seamos buenos y otras veces malos con ellas obrando sucesivamente con justicia, pasión y frialdad. El uno trata á las cosas como un policía, el otro como un confesor, el tercero como un viajero curioso. Ya con la simpatía, ya por la violencia, se consigue arrancarlas una partícula de sí mismas. El uno avaza y llega á ver claro por la veneración que le inspiran los secretos de las cosas; el otro, por la indiscreción y la malicia en la interpretación de los misterios. Nosotros los investigadores, como todos los conquistadores, como todos los exploradores, como todos los navegantes y todos los aventureros, tenemos una moral audaz, y es bueno para nosotros pasar pormalos.

433. *Ver con ojos nuevos.*—Suponiendo que la belleza artística siga consistiendo en la figuración del hombre dichoso—como lo tengo por cierto—según se le representan una época, un pueblo ó un gran hombre que puede imponer las leyes de su gusto, ¿qué revelaciones ofrecerá sobre la dicha contemporánea el arte de los actuales artistas denominado realismo? Es indudable que esta es la forma de belleza que comprendemos ahora más fácilmente y que sabemos gozar mejor. Por consiguiente, hay que inferir que la felicidad actual, *nuestra* felicidad se complace en el realismo con sentidos todo lo agudos que cabe y un concepto todo lo fiel posible de la realidad; pero lo que le deleita no es la realidad misma, sino el saber acerca de la realidad. Las

conclusiones de la ciencia han progresado tanto en profundidad y en amplitud, que los artistas del siglo se han tornado sin querer los glorificadores de la «suprema dicha» científica.

434. *Intercesión.*—Los paisajes sin pretensiones son para los grandes paisajistas; las comarcas singulares y raras para los pequeños. Es decir, que las grandes cosas de la naturaleza y de la humanidad deben interceder con sus admiradores en favor de todo lo pequeño, mediano y vanidoso. El que es grande intercede por las cosas.

435. *No perecer imperceptiblemente.*—No de una vez, sino continuamente se esterilizan nuestra capacidad y nuestra grandeza; la vegetación parasitaria que brota por todas partes, que se introduce entre las cosas y trata de adherirse á ellas, esa vegetación minúscula es lo que destruye lo que hay de grande en nosotros: la pequeñez de lo que nos rodea, de lo que tenemos delante de los ojos todos los días y á todas las horas, las mil raicillas de tal ó cual sentimiento mezquino que brota alrededor de nosotros, en nuestras ocupaciones, nuestras visitas, nuestro empleo del tiempo, todo contribuye. Si dejamos crecer esa mala hierbecilla, sin que lo advirtamos, nos hará perecer imperceptiblemente. ¡Si queréis perderos, vale más que sea de un golpe y de repente; al menos quedarán de vosotros ruinas altivas y no topineras, como es de temer ahora! El musgo y la mala hierba tapan esas toperas, indicios de pequeñas victorias, humildes como las de ayer y demasiado mezquinas para triunfar definitivamente.

436. *Casuística.*—Hay una amarga alternativa que

no es para todos: consiste en descubrir, cuando se viaja en un barco, que el capitán y el piloto cometen faltas peligrosas y que somos superiores á ellos en conocimientos náuticos. Nos preguntamos en este caso: ¿Provocaré una sublevación contra ellos y les haré prisioneros á ambos? ¿No me comprometo á ello mi superioridad? Pero ¿no tienen ellos por su parte el derecho de encerrarme, puesto que conspiro contra la obediencia? Este ejemplo es un símbolo de situaciones más elevadas y más comprometidas, y, en último término, siempre queda abierta una cuestión: la de saber qué es lo que garantiza en casos tales nuestra superioridad y nuestra fe en nosotros mismos. ¿El buen éxito? Pues entonces es menester llevar á cabo la empresa de que se trate, que lleva consigo todos los peligros, y no sólo peligros para nosotros, sino para la nave.

437. *Privilegios.*—Aquel que es verdaderamente dueño de sí mismo, es decir, que se ha conquistado definitivamente, considera de allí en adelante como un privilegio suyo el castigarse, el indultarse, el compadecerse de sí mismo. No necesita conceder estas facultades á nadie, pero puede fiarlas libremente á otro, por ejemplo, á un amigo; pues sabe que al hacerlo le confiere un *derecho* y que para otorgar derechos hay que fundarse en la posesión del *poder*.

438. *El hombre y las cosas.*—¿Por qué no ve el hombre las cosas? Tropieza consigo mismo en el camino y se tapa las cosas.

439. *Señales características de la felicidad.*—Todas las sensaciones de felicidad tienen de común dos cosas: la plenitud del sentimiento y la *petulancia* que se deriva

de él; de suerte que el hombre dichoso está en su elemento como el pez en el agua. Los buenos cristianos comprenden lo que es la exuberancia cristiana.

440. *No abdicar.*—Renunciar al mundo sin conocerle como una monja, es resignarse á un sacrificio estéril, acaso melancólico. Esto nada tiene de semejante con la soledad de la vida contemplativa del pensador. Cuando éste elige tal soledad no pretende renunciar nada; por el contrario, la renuncia para él, la melancolía, la destrucción de sí mismo, sería tener que continuar en la vida práctica; renuncia á ésta porque la conoce y se conoce. Así es como da el salto en *su* agua, así como gana *su* eternidad.

441. *De cómo el prójimo se vuelve para nosotros cada vez más lejano.*—Cuánto más meditamos sobre todo lo que ha sido y todo lo que será, más atenuado nos resulta lo que fortuitamente ha caído en el presente. Si vivimos con los muertos y morimos de su agonía, ¿qué serán para nosotros los prójimos? Nos volvemos más solitarios, porque la ola entera de la humanidad bulle en torno nuestro. El ardor que reside en nosotros, ese ardor que abrasa á todo lo humano, aumenta continuamente; por eso miramos cuanto nos rodea como si se volviera más indiferente, más parecido cada vez á un fantasma. Pero la frialdad de nuestra mirada ofende.

442. *La regla.*—«La regla es siempre más interesante que la excepción»; el que así piensa ha avanzado en el conocimiento y forma parte de los iniciados.

443. *Sobre la educación.*—Poco á poco he visto claro cuál es el defecto más general de nuestra manera de

enseñar y de educar. Nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña á soportar la soledad.

444. *El asombro que produce la resistencia.*— Cuando una cosa nos parece transparente nos figuramos que no podrá resistirnos y nos asombra ver al través de ella sin poder atravesarla. Es el asombro de una mosca delante de un vidrio.

445. *Cómo se engañan los más nobles.*— Acabamos por dar á alguno lo mejor que tenemos, nuestro tesoro; al amor no le queda ya nada que dar; pero el que lo acepta no encuentra allí lo que él tiene de mejor, y, por consiguiente, le falta aquella plena y última gratitud con que contaba el que hizo el don.

446. *Clasificación.*— Hay, primero, pensadores superficiales, en segundo lugar, pensadores profundos— los que ven en las profundidades de las cosas— y en tercer lugar pensadores fundamentales, que descenden hasta el fondo último de las cosas, lo cual vale bastante más que asomarse á sus profundidades. Por último, hay pensadores que meten la cabeza en el pantano, lo cual no debe tomarse por señal de profundidad ni de pensamiento profundo. Estos últimos son poceros.

447. *Maestro y discípulo.*— Es menester que el maestro ponga en guardia contra sí mismo al discípulo. Esto forma parte de su humanidad.

448. *Honrar la realidad.*— ¿Cómo podemos contemplar sin lágrimas ni aplausos esa multitud popular regocijada? Antaño pensábamos con desprecio en los obje-

tos de su alegría y lo mismo sería ahora si no hubiésemos vivido también nosotros esas alegrías. ¿A dónde pueden arrastrarnos los acontecimientos? ¿Qué son nuestras opiniones? Para no perdernos, para no perder la razón, hay que huir delante de los acontecimientos. Así es como Platón huye de la realidad y no quiere contemplar más que las pálidas imágenes ideales de las cosas; tenía extremada sensibilidad y sabía cuán fácilmente las olas de la sensibilidad pasan por encima de la razón. El sabio debe decirse, por consiguiente: «Quiero honrar la realidad, pero volviéndola la espalda porque la conozco y la temo.» Deberíamos conducirnos como ciertas tribus africanas delante de su soberano, al cual no se acercan más que á reculones, pues saben mostrar su veneración al par que su temor.

449. *¿Dónde están los pobres de espíritu?* ¡Ay! ¡Cómo me repugna imponer á otro mi propio pensamiento! Quiero regocijarme por cada pensamiento que me viene, por cada cambio secreto que se opera en mí y en el cual las ideas de otro se sobreponen á las mías propias. Pero de vez en cuando llega una fiesta mayor todavía, cuando nos es dable difundir nuestros bienes espirituales, como el confesor que, sentado en el confesonario, espera que venga alguien necesitado de consuelo que le hable de la miseria de sus pensamientos, á fin de llenarle de nuevo el corazón y la mano y de aliviar su alma inquieta. El confesor huye la gloria de este bien que hace; querría hasta librarse de la gratitud, que parece indiscreta y sin pudor ante la soledad y el silencio. ¡Vivir sin fama, ó siendo objeto de amistosas burlas, demasiado oscuramente para despertar la envidia y la enemistad, armado de un cerebro sin fiebre, de un puñado de conocimientos y de un

bolsillo lleno de experiencia; ser, en cierto modo, el médico de los pobres de espíritu; ayudar á este ó al otro, cuando su cabeza está perturbada por opiniones, sin que el favorecido advierta que se le ayuda; no celebrar la victoria delante de él, ni recabar la razón que nos asiste, sino hablarle de modo que, después de una leve insinuación imperceptible, ó de una objeción, encuentre él por sí mismo lo verdadero y se vaya satisfecho por haber acertado! ¡Ser como una posada modesta, abierta á todos, pero que se olvida en seguida ó inspira burlas! ¡No aventajar en nada, ni en alimentación mejor, ni en aire más puro, ni en espíritu más alegre, pero dar siempre, devolver, comunicar, empobrecerse! ¡Saber hacerse pequeño, para volverse accesible á muchos, sin humillar á nadie! ¡Tomar sobre sí muchas injusticias y arrastrarse como gusanos entre toda clase de errores, para poder llegar, por sendas secretas, á lo íntimo de muchas almas cerradas! ¡Obrar siempre con el mismo género de amor y con el mismo egoísmo y el propio goce de sí mismo! ¡Hallarse en posesión de un poder, y, sin embargo, permanecer oculto, renunciando á él! ¡Estar echado continuamente al sol de la dulzura y de la gracia, cuando el acceso á lo sublime está al alcance de nuestra mano! ¡Eso sería una vida, eso sería una razón para vivir mucho tiempo!

450. *La seducción del conocimiento.*— En los espíritus exaltados, una ojeada al dintel de la ciencia obra como la seducción de las seducciones. Espíritus tales llegan á volverse fantásticos, y, en el caso más favorable, poetas: tan vivo deseo les inspira la dicha del conocimiento. ¿No se apodera de todos vuestros sentidos ese tono de suave seducción con que anuncia la

ciencia su buena nueva con cien palabras, y más maravillosamente aun con la ciento una? «Haz desaparecer la ilusión, y el ¡desdichado de mí! desaparecerá con ella, y con el ¡desdichado de mí! se irá el dolor.» (Marco Aurelio.)

451. *Los que necesitan un bufón.*— A los que son muy hermosos, muy buenos, muy poderosos, no llega casi nunca la verdad entera y vulgar, cualquiera que sea el asunto de que se trate, pues en su presencia se miente involuntariamente un poco, porque estamos bajo la seducción de estos seres, y con arreglo á esta impresión presentamos la verdad atenuada ó adaptada á las circunstancias (falseando el color y el grado en los hechos, y conservando aparte lo que no se presta á la asimilación). Si los hombres de esta clase quieren saber la verdad á pesar de todo y á cualquier precio, necesitan un bufón, un loco, un ser que posea el privilegio de los locos, de no poder asimilarse las cosas.

452. *Impaciencia.*— Hay en los hombres de pensamiento y de acción un grado de impaciencia que, al menor fracaso, les hace pasarse al campo contrario y les impulsa á apasionarse por nuevas empresas y á entregarse á ellas hasta que también de allí les echa otra vacilación del éxito, y por eso vagan, aventureros y violentos, al través de la práctica de numerosos reinos y numerosas situaciones, y es posible que por el conocimiento universal de los hombres y de las cosas, que deja en ellos la prodigiosa experiencia de sus aventuras, dulcificando un poco su natural, acaben por ser grandes prácticos. Así, un defecto del carácter puede convertirse en escuela del genio.

453. *Interregno moral.*—¿Quién es capaz de adivinar ahora lo que reemplazará un día á los sentimientos y los juicios morales, aunque sea fácil comprender que éstos están contaminados de errores sustanciales, que su edificio está en irremisible ruina, que su sanción disminuye necesariamente de día en día, mientras que la sanción de la razón no disminuye? Para construir de nuevo las leyes de la vida y de la conducta, nuestras ciencias de la fisiología, de la medicina, de la sociedad y de la soledad, no están aún bastante seguras de sí mismas, y sólo estas ciencias pueden suministrarnos los sillares de un nuevo ideal ó el ideal mismo. Vivimos, pues, una vida provisional ó arrastramos una existencia de rezagados, según nuestro gusto y nuestros talentos, y lo mejor que podemos hacer en este interregno es ser, en cuanto cabo, nuestros propios *reyes*, y no fundar pequeños Estados como ensayo. Somos experimentos. ¡Tengamos el valor de serlo!

454. *Interrupción.*—Un libro como éste no se ha hecho para leerlo deprisa de la cruz á la fecha, ni tampoco para ser leído en alta voz. Hay que abrirle con frecuencia, sobre todo, paseando y en viajes. Es menester poder sumergirse en él, mirar luego á otra parte y no hallar nada de lo habitual en torno nuestro.

455. *La primera naturaleza.*—Tal como se nos educa ahora, adquirimos una segunda naturaleza, y la poseemos cuando el mundo dice que hemos llegado á la madurez, que nos hemos emancipado, que somos hombres útiles. Sólo muy pocos son bastante *serpientes* para saber mudar esa piel un día, cuando debajo de ella la *primera naturaleza* ha llegado á la madurez.

Pero en la mayoría de los hombres el germen de la primera naturaleza queda ahogado.

456. *Una virtud que está en su «devenir».*—Afirmaciones y promesas, como las que hacía la filosofía antigua acerca de la armonía entre la virtud y la felicidad y las que hace el cristianismo diciendo: «Buscad, ante todo, el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura», nunca han sido hechas con absoluta sinceridad, aunque se hicieron de buena fe. Se enunciaban audazmente las proposiciones que se quería fuesen tenidas por verdaderas como si fueran la verdad misma, aunque se hallasen en oposición con la evidencia, y se hacía esto sin remordimientos de conciencia religiosos ó morales, pues *in honorem majorem* de la virtud ó de Dios se traspasaba el límite de la realidad sin intención alguna egoísta. Todavía hay muchas personas honradas que se encuentran en este *grado de veracidad*; con tal de proceder desinteresadamente, se creen autorizadas para tratar á la verdad muy á la ligera. Adviértase que ni entre las virtudes cristianas, ni entre las virtudes socráticas, figura la lealtad; es una de las virtudes más jóvenes, todavía no está formada y se la confunde y se la desconoce en muchas ocasiones. Apenas consciente de sí misma, es algo que se desenvuelve, que podemos acelerar ó detener, según las tendencias de nuestro espíritu.

457. *Escrúpulo de discreción.*—Hay hombres á quienes acaece la aventura de los buscadores de tesoros y descubren por azar en un alma ajena cosas que allí se guardaban ocultas, sacando de ello una experiencia difícil de adquirir. En ciertas circunstancias

se puede conocer á los vivos y á los muertos, tener la revelación de su alma hasta el punto de que vacilemos en divulgarla, temiendo que cada palabra nuestra pueda ser una indiscreción. Me represento fácilmente al más sabio historiador quedándose de repente mudo.

458. *El premio gordo.*—Hay algo extraordinariamente raro que nos llena de alborozo: el hombre de gran talento que posee el carácter y las inclinaciones propias de un espíritu semejante y que encuentra en la vida *aventuras* que correspondan á su condición.

459. *Generosidad del pensador.*—Rousseau y Schopenhauer fueron lo bastante orgullosos para inscribir en su existencia esta divisa: *vitam impendere vero*. ¡Cuánto debieron de padecer ambos en su orgullo al no conseguir *verum impendere vitae*—*verum* tal como lo entendía cada uno de ellos—al ver su vida correr junto á su conciencia como un fagot que desafina con la melodía. El conocimiento quedaría en posición ridícula si se le midiera en el pensador en cuanto se adapta á su cuerpo. Y el pensador estaría también en posición ridícula si su vanidad fuese tan grande que no pudiera soportar que medida que esa. En esto es donde brilla la más hermosa virtud de los grandes pensadores: la generosidad que manifiestan al ofrecerse á sí mismos, al ofrecer su propia vida en sacrificio, cuando buscan el conocimiento, unas veces con humildad, muchas con suprema ironía y sonriendo.

460. *Utilizar los momentos peligrosos.*—Se aprende á conocer mucho mejor á un hombre ó á comprender una situación, cuando cada gesto supone un peligro

para los bienes, la honra ó la vida, un peligro para nosotros mismos ó para nuestros allegados. Tiberio, por ejemplo, debió de meditar más hondamente sobre el alma del emperador Augusto y el reinado de éste y debió de conocerlos mejor que el más sabio historiador. Mas nosotros vivimos todos relativamente en un estado de seguridad demasiado grande para que podamos llegar á ser expertos conocedores del alma humana: uno conoce por *dilettantismo*, otro por ociosidad, el tercero por costumbre; ninguno se dice á sí mismo: «Conoce ó perecerás.» Mientras las verdades no se inscriban en nuestras carnes á cuchilladas, conservaremos cierta reserva hacia ellas, semejante al desprecio, nos parecerán muy análogas á ensueños como si pudiésemos alcanzarlas ó no á voluntad y nos fuese dable *despertarnos* de esas verdades como de un sueño.

461. *Hic Rhodus hic salta.*—Nuestra música, que puede revestir todas las formas y que puede y debe transformarse porque á semejanza del demonio del mar, en sí no tiene carácter propio, esta música tentó antaño el espíritu del sabio cristiano, traduciendo en armonías su ideal; ¿por qué no ha de dar al cabo con las armonías más claras, más alegres, más universales, correspondientes al pensador ideal? ¿por qué no ha de haber una música que sepa mecerse familiarmente bajo las vastas bóvedas flotantes de su alma? Nuestra música ha sido hasta ahora tan grande y tan buena que para ella no hay imposibles. Que nos muestre, pues, cómo es capaz de sentir á la vez estas tres cosas: la grandeza, la luz intensa y cálida y el goce de la más elevada lógica.